

Alfonso M. Eacudero

O. S. A.

Tirso, novelista

1. *Cigarrales de Toledo y Deleytar aprovechando*.—2. *Armazón de los Cigarrales*.—3. *Los tres maridos burlados*.—4. Más notas a propósito de los *Cigarrales*.—5. *Deleytar aprovechando*.—6. *El bandolero*.—7. *Santa Tecla*.—8. Algunos procedimientos del narrador.—9. El poeta.—10. El teorizador de la comedia.—11. Una muerte oportuna.

1. En fray Gabriel, el dramaturgo ha empalidecido al novelista y al poeta.

Pero sería injusto olvidar las narraciones de sus misceláneas *Cigarrales de Toledo* (1621) y *Deleytar aprovechando* (1635).

De los *Cigarrales* ha dicho Marañón en *Elogio y nostalgia de Toledo*: «uno de los libros más citados y menos leídos de la literatura española».

Sin embargo, hay ediciones recientes al alcance de cualquier proletario curioso, la de la Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1913, al cuidado del malogrado Víctor Said Armesto; la de la Colección Universal, Espasa-Calpe, Madrid, 1928, 2 vols. (N.^{os} 1036-1040).

Además, parte de su material, la *Historia de don Juan de Salcedo y (de) Dionisia*, ha sido reimpressa—con podas—por la editorial Razón y Fe, Madrid, en la Biblioteca de Clásicos Amenos, junto con *Tres maridos burlados*. Y esta última afortunada novelita ha sido recogida por Miguel Herrero García en *Cuentos de los siglos XVI y XVII*, Biblioteca Literaria del Estudiante, t. XIII, Madrid, 1926; y por Federico Carlos Sáinz

de Robles en *Cuentos viejos de la vieja España*, Aguilar, Madrid, 1941.

De *Deleytar aprovechando sí* que no hay sino las ediciones antiguas: 1653, 1677, 1765. Menos mal que uno de sus relatos, el que refiere la transformación de Pedro Armengol, *El bandolero*, ha sido separado y publicado, con esmero digno de imitarse, por L. C. Viada Lluich, en la Editorial Iberia, Barcelona.

2. *Introducción*.—Don Juan de Salcedo regresa a Toledo después de «medio lustro». En el Cigarral de Buena Vista se celebran unas bodas. La alegre y despreocupada compañía asistente decide prolongar en diversos cigarrales la fiesta. Dice don Juan, y los demás acatan:

«De los que aquí estamos, podemos escoger diez caballeros y diez damas, entre casadas y deseosas de sello... Y por que a ninguno se le haga agravio, será por suertes, entrando todos y todas en ellas, encerrando en tres vasos de los muchos que adornan estos aparadores, en el uno, los nombres de las damas; en el otro, los de los hombres, y en el tercero, los de veinte cigarrales los más celebrados. Sacaré yo—que soy el más inocente—un cigarral y luego una dama, después otro cigarral y un caballero, interpolando los hombres con las mujeres; y obliguese cada uno, por el orden que salieren, a entretenernos el día que le cupiere como más le gustare, con esperanza del premio que se le promete desde luego a quien llevare ventaja».

Cigarral primero.—Local: el mismo cigarral de la introducción, el de Buena Vista. Mención elogiosa de los músicos Juan Blas (de Castro) y Alvaro (de los Ríos). Loa. Representación de *El vergonzoso en palacio*. Disquisición sobre la comedia, y grandes alabanzas a la escuela de Lope.

Cigarral segundo.—Es en el del marqués de Malpica Música, cantos, juegos caballerescos y galantes, con motes ingeniosos. Lectura de la *Fábula de Siringa y Pan*, de don Plácido de Aguilar. Al final aparece una peregrina: Dionisia.

Cigarral tercero.—Es en el de los Núñez. Don Juan de Salcedo cuenta parte de su historia, o, si se prefiere, su *novela*, como la llama Tirso líneas antes de tomar Dionisia la palabra (allá por la mitad del mismo cigarral) para proseguir esa misma historia. Historia, ésta de Salcedo y Dionisia, con muchas peripecias y sobre todo abundante en parejas enamoradas: Marco Aurelio y Estela, Don Artal y Vitoria, Leonardo y Clemencia, Próspero y Casandra, fuera de las de don Juan de Salcedo y Lisida, y Dalmao y Dionisia. (En la *Introducción* debí haber mencionado las parejas Alejo e Irene, García y Serafina).

Cigarral cuarto.—Es el de Menores (el mismo en el que, después de restaurarlo concienzudamente, vive sus días de descanso y de trabajo literario don Gregorio Marañón). «Oyeron misa y ocuparon en devociones parte de la mañana». Nueva competencia lírica, a que pone fin la llegada de otro peregrino: don Dalmao, el marido de Dionisia. Representación de la comedia *Cómo han de ser los amigos*, y nuevo debate sobre el arte cómico.

Cigarral quinto.—Es en el de la Encomienda. Don Melchor refiere la *novela*—es el mismo Tirso quien la llama *novela*—de *Los tres maridos burlados*. Representación de la comedia *El celoso prudente*.

Apenas acaban de coronar a Anarda como reina y sostenedora del Cigarral sexto—el de la Solanilla, o sea, el de los padres de Nuestra Señora de la Merced—, cuando se anuncia la proximidad de Marco Aurelio, el virrey de Barcelona y otros caballeros. Las fiestas que los toledanos les hacen debían registrarse en la *Segunda parte* de los Cigarrales, pero fué una segunda parte que no se escribió.

3. De *Los tres maridos burlados* dice Valbuena Prat, *Historia de la Literatura española*, seg. ed., Barcelona, 1942, II, p. 110.: «Pequeña obra maestra, de gracia maliciosa, jugoso lengua-

je y desarrollo especialmente español de un tema de espíritu bocacciano».

Por su parte, Pandl escribe:

«La historia de los tres maridos burlados es considerada como el mayor acierto de Tirso en el dominio de la novela, y ha sido impresa diversas veces aparte de los *Cigarrales*. Con este juicio no se presta buen servicio al autor. En esta obra, tres mujeres ligeras, para apoderarse de un anillo de diamante, juegan a sus respectivos maridos una mala pasada; es por lo tanto el ejemplo típico de aquellas rudas y groseras bufonerías tan características de muchas novelas italianas, y nada tienen absolutamente de común con la auténtica novela romántica española, con la novela amorosa caballeresco-aventurera, acordada al tono de lo patético y extraordinario. La fuente directa de Tirso no ha sido descubierta. Cotarelo y Mori. [*Nueva Biblioteca de autores españoles*, vol. IV, pág. XXXIII], califica, un poco imprecisamente, a *Los tres maridos burlados*, de cuento bocacciano, pero que también tiene su origen en las antiguas colecciones de *Exemplos*, *Castigos* y otros semejantes de la Edad Media, mientras que Fitzmaurice-Kelly (*Historia de la literatura española*, pág. 345), señala cierta relación con una narración en verso de Francesco Bello, llamado *il cieco di Ferrara*. Creo, sin embargo, que hay que buscar una fuente distinta para cada una de las tres burlas, porque constituyen realmente tres novelas independientes, y remitiré a quien quiera entregarse a este trabajo a la octava novela de la tercera jornada del Bocaccio; sin duda reconocerá allí el modelo directo de la burla tercera. Desde el punto de vista de la historia comparada de los temas literarios, pueden rastrearse algunos de los motivos utilizados en *Los tres maridos* remontándonos hasta los cuentos de las *Mil y una noches* y desde el *Taming of the Shrew* de Shakespeare y *La vida es sueño* de Calderón hasta *Schluck und Jau* de Gerhart Hauptmann».

4. En los *Cigarrales* menciona Tirso las *Noches áticas* de

Aulo Gelio, los *Días saturnales* de Macrobio y el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas; y a Cervantes lo llama «nuestro español Bocaccio».

La obra está dedicada a don Suero de Quiñones y Acuña, que luego participa en el desarrollo de la obra.

Y el don Fernando y el don Bela ¿no serán Lope de Vega y Francisco Perrenot de Granvela? *La Dorotea*—que es donde Lope y Granvela figuran bajo los nombres de don Fernando y don Bela—se publicó, retocada, en 1632; pero recuerda hechos de juventud del autor y Lope la tenía escrita hacía años, desde alrededor de 1588.

Con excepción de *Los tres maridos burlados*, la acción de los *Cigarrales* es lenta, tanto lo que transcurre en los cigarrales mismos como lo que refieren don Juan, Dionisia y otros narradores. Pero esa misma lentitud obliga al autor a hacer a veces ciertas compensaciones, a apresurarse, a resumir:

«Viniendo a noticia del virrey, le cayó tan en gracia, que, enviando por él, me le pidió para tenelle en su servicio, restituyéndome las joyas, dineros y macho que tenía embargados la justicia, y mandando aplicar para Carrillo los cuatrocientos escudos, herencia del gabacho y hallazgo de los cuadrilleros en el tronco del castaño donde yo los dejé. Casó Marco Aurelio. Quedó segura y contenta Estela. El virrey, más inclinado a su favor y con nueva obligación después de haber sido su padrino. Hubo fiestas, saraos y entretenimientos dignos de los dos consortes y a satisfacción de toda aquella ciudad, tan extremada en ellos».

Y a propósito de Carrillo. A tiempo lo amarró Tirso al servicio del virrey de Barcelona, porque, si no, su desenvoltura, sus «donaires» habrían ensombrecido a los demás personajes; la historia de don Juan de Salcedo y de Dionisia se habría convertido en una novela picaresca con Carrillo como protagonista.

Y una última nota. También aparece Tirso en la comparsa cigarralera. Es en la *Introducción*:

«Tirso, que, aunque humilde pastor del Manzanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria—tan apoderada de la envidia extranjera—, llegó en un pequeño barco, aunque curioso, hecho todo un jardín que hallara lugar entre los hibleos, y en medio dél una palma altísima, sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, vestido de un pellico blanco con unas barras de púrpura a los pechos, marca de los de su profesión, y ayudábanle a subir dos alas, escrito en la una:

Ingenio

y en la otra:

Estudio

volando con ellas tan alto, que tocaba ya con las manos a la corona, puesto que la envidia, en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose a los pies, procuraba impedirle la gloriosa consecución de sus trabajos, aunque en vano, porque, pisándola, colgaba dellos esta letra que virvió también a los jueces:

Velis, Nolis.

Dicen que la dió en latín por que no la entendiesen sus émulos; que hasta en esto quiso que campease su modestia, pues palabras en algarabía no agravian a quien no las entiende».

Y más adelante:

«De los aventureros referidos salieron victoriosos don Melchor, don Alonso y Tirso. Los dos primeros se los dieron a doña Margarita y a doña Leocadia, y el último se le envió a una hermana suya que tenía en su patria, parecida a él en ingenio y en desdichas».

Ingenio y desdichas... la riqueza del escritor.

5. Como no conozco *Deleytar aprovechando*, transcribo a Pfandl, *Historia de la Literatura nacional española en la edad de oro*, Barcelona, 1943, págs. 394-95:

«Una obra de carnaval, pero de tipo muy especial, es también el libro *Deleytar aprovechando...* Si alguien los tuvo, posee Tirso como escritor dos semblantes, y aquí no muestra el alegre, sarcástico y profano que conocemos por los *Çigarrales* y sus *Comedias*, sino el severo y piadoso propio de su hábito, el de exhortador y predicador. La idea básica... era tan nueva como de buen gusto: intentaba extraer de las leyendas de los santos el elemento romántico y utilizarlo para la novela. Pero tuvo el autor la mala idea de que sirviera de entretenimiento en las fiestas de sociedad y de que contuviera un poco de cada cosa, y con esto maleó la sana semilla de la obra y la convirtió en una de las más necias y ridículas que se hayan escrito nunca en España.

Tres piadosas familias madrileñas tienen la ocurrencia de pasar dignamente los días de carnaval, huyendo del desenfreno propio de tales fiestas, como si dijéramos, *a lo divino*. En vez de canciones de amor y de broma, recitan poesías en alabanza de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, y San Pedro Nolasco; en lugar de comedias divertidas, representan autos sacramentales, y en vez de novelas amorosas, cuentan leyendas piadosas. No se preocupa mucho en lo relativo a los autos y se contenta con reimprimir las loas de tres de los suyos ya representados (*El colmenero divino*, *Los hermanos parecidos* y *No le arriendo la ganancia*). Tampoco se cansa en componer las poesías piadosas, sino que emplea sin escrúpulos versos que había compuesto cinco, diez o más años antes para certámenes poéticos, en ocasión de fiestas religiosas. Lo más original son las tres novelas. Dos de ellas, *La patrona de las musas* (la vida de santa Tecla) y *los triunfos de la verdad* (la del papa Clemente I), se desarrollan en los principios del cristianismo; la tercera, *El bandolero* (la vida de San Pedro Armengol, uno de los fundadores de la Orden Mercedaria), en el siglo XIII. La última se considera como la mejor, y Cotarelo y Mori la ha llegado a comparar con las novelas históricas de Walter Scott».

6. Intentaré unas líneas sobre el argumento de *El bandolero*.

De acuerdo con cierto horóscopo y la predicción de un religioso santo, el hijo de Alberto Armengol llegaría a ser merecedor de la horca. Para burlar al destino, cambia a su recién nacido por otro que acaba de nacer muerto en casa de uno de sus granjeros. Y el hijo de Alberto Armengol se cría como Pedro Guillén, salvajemente fuerte. En cierta ocasión baja—con Saurina (hermana suya, aunque ni él ni ella lo sepan) y otros jóvenes serranos—a Barcelona. Antes de entrar a la ciudad, Pedro recita los 1654 versos de la *Fábula de Tisbe y Píramo* (décimas, romance hexasílabo y heptasílabo y soneto final). En Barcelona, Pedro es herido en un entrevero. Hospedado en casa de Laurisana, Pedro y Laurisana se enamoran, muy contra el gusto de Saurina, ignorante de que Pedro es su hermano. Sano ya Pedro, se conciertan fugas. Pero, a causa de la deslealtad de un criado y del estorbo de ciertos atacantes, Pedro se encuentra con que, en vez de escapar con Laurisana, ha huído con Saurina, por quien no siente ni ha sentido otro cariño que el hermano que es. Sabedor ya del grado de parentesco que lo une a Saurina, se convierte en cabeza de bandoleros. Su padre don Alberto sale a prenderlo; y aunque Pedro pudiera vencer, se entrega; y puesto que su Laurisana ha entrado en religión en Sicilia, él entra a la Orden redentora de cautivos, o sea, a la Orden de la Merced a la cual trescientos años más tarde pertenecerá fray Gabriel Téllez, más conocido por el seudónimo literario pastoril de Tirso de Molina.

7. A pesar de los méritos de *El bandolero*, Pfandl escribe:

«A mí personalmente la que más me gusta es la leyenda de Santa Tecla, encantadora en su sencillez. Nacida en Iconium, del Asia Menor, de padres ricos, de extremada belleza y ya desposada con un joven digno de ella, escucha la muchacha por curiosidad un sermón de San Pablo, y herida por la divina gracia se convierte al cristianismo. Por escapar a la cólera de sus padres y del desdeñado prometido, sigue al apóstol hasta Roma, es condenada como cristiana y escapa por tres veces a la muerte más

cruel. Un chubasco apaga la pira sobre la cual debía ser quemada; las fieras del anfiteatro, a las cuales es lanzada, se tienden acariaciadoras a sus pies; dos toros que habían de arrastrarla (como dos siglos después a San Saturnino) permanecen inmóviles a pesar de que son aguijoneados con hierros candentes. No pudiendo dar muerte a la joven, es desterrada de la ciudad. Marcha entonces a Seleucia, en el Asia Menor, y a los noventa años termina allí su santa vida.

Seducido Tirso por la idea del libro piadoso para carnaval, no sólo encaja violentamente las novelas dentro de la pesada narración accesoria, sino que agrega numerosas digresiones didácticas y accesorios episódicos, que hubiese sido preferible dejar de lado. En la narración propiamente dicha, empero, con certera visión (no en vano fué uno de los autores dramáticos mejor dotados), sabe poner de relieve lo más esencial y de más efecto, lo agrupa con gusto y pulcritud de novelista auténtico, según la excelente receta cervantina, y acierta finalmente a contarlo con viveza y a la vez con sencillez de sentimiento y de lenguaje. Es completamente nueva la manera como se esfuerza en animar el ambiente de sus novelas, y cómo, llevado de su erudición teológica e histórica, se esmera en describir las costumbres y la vida de los primeros siglos cristianos en Roma o la situación de Cataluña y del sur de Francia en la época de la guerra albigense. Por desgracia, esta especie de novela cristiana legendaria, que según Menéndez y Pelayo recuerda vivamente la *Fabiola*, la famosa novela del cardenal Wiseman sobre las catacumbas de Roma, ni fué llevada por Tirso a su más alta perfección, ni tampoco, después de él, volvió a ser ensayada con éxito en su país».

8. Obras de dos épocas distintas, más vital y más frívola la primera, más sesuda la segunda, creo, sin embargo, que se han exagerado demasiado las diferencias entre los *Cigarrales* y *Deleytar*.

Frente a las desventajas de la segunda, puede registrarse una ventaja valiosa: el estilo de *Deleytar aprovechando*—por lo menos en *El bandolero*, que es lo único que conozco—es más terso, más liso en su elegancia, menos redicho, menos encrespado, menos culterano que en la parte propiamente cigarralera e historias de don Juan y Dionisia, de *Cigarrales de Toledo*.

En lo demás, el mismo mayor, y mejor, estudio de la psicología femenina que de la masculina (a veces da la impresión de estar trazando un retrato psicológico de un don Juan con faldas); el mismo acierto de describir sólo para ubicar físicamente o espiritualmente a los personajes («Llegó la tarde, favorecida de un viento fresco y unas nubes pardas que sirviendo de toldo contra las inclemencias del sol convidaban a visitar la Vega»); el mismo escribir como sus contemporáneos («Vive como los antiguos y habla como los modernos»); el mismo hacer hablar a sus personajes de acuerdo con su situación social y su instrucción (recuérdense por un lado las retorcidas razones de los caballeros, y por otro las salidas de Ortelio, Carrillo y la mayor parte de los actuantes en *Los tres maridos burlados*); la misma lentitud en la acción novelesca; el mismo gusto por las sentencias; la misma exhibición sobreabundante de conocimiento de los recursos técnicos («Era discreta como hermosa, y cuantas veces conversaba con su hechizo, tantas encarecía la lisura de sus palabras, que desnudas de ponderaciones, ni la elocuencia crítica se las dificultaba, ni la penuria de conceptos substituía ambages y rodeos pomposos con metáforas indigestas y vocablos adoptivos que el uso del siglo gasta, y, salteando los idiomas extranjeros o hispanizándolos, hace un confuso mixto que, como monstruo producido de especies diversas, ni bien es griego ni castellano». *El bandolero*, pág. 24).

Mencioné su gusto por las sentencias. Insisto.

Así como Sancho ensarta refranes, los personajes de Tirso, y Tirso mismo, dan la impresión de estar ansiosos de justificar sus observaciones de psicología aplicada, muy recto el índice

monitorio, por medio de una máxima o sentencia, con frecuencia encabezada por la conjunción causal *que*:

«que herencias sobre bodas, son marcos de oro sobre pinturas» ;

«que no hay mujer, aunque más prendada esté en otra parte, que en llegando a competencia no procure salir con la victoria» ;

«no en balde dijo un experimentado, que, así como la sal en los manjares, siendo poca, los hacía apetitosos, y siendo mucha, los hacía amargos, así los celos moderados realzaban el amor, como los superfluos los convertían en aborrecimiento» ;

«llegáronle al corazón estas estocadas, porque no hay peto fuerte de seguridad a prueba de celos» ;

«el ánimo noble con las adversidades se alienta, al paso que el plebeyo se desanima» ;

«la mudanza, o la mujer, que todo es uno» ;

«quien no parece, perece» ;

«no te pido ya que me quieras, que bien sé que no puedes, porque si el amares hacer entrega del alma a la cosa amada donde asiste más que donde anima, y tú estás sin ella, necedad fuera pedirte un imposible» ;

«no es menor hechizo para las beldades el airoso desenfado de los que amando acompañan la gentileza con el atrevimiento... Sólo una Angélica antepuso las delicadezas de Medoro a valentías de Orlando, que, por la mayor parte, las demás por un Reinado robusto despreciaran infinitas perfecciones de Narciso».

9. Dramaturgo por sobre todo, suele desestimarse demasiado al Tirso poeta. De los *Cigarrales* y *Deleytar*, he entresacado algunas muestras líricas para las que suplicaría atención.

Un velo, de su belleza
oculta el marfil helado,
que le hiló por más delgado
el aire a la sutileza ;

desciende, de la cabeza
hasta los pies, por la ropa,
y siempre que el viento topa
al cendal, y en aura llega,
no corre, sino navega
golfos de aire, viento en popa.

(*El bandolero*, p. 57).

Poco, serrano, obligáis
a la prenda que queréis,
si lo que me respondéis
en su ofensa ejecutáis:
si tantas veces amáis
cuantas vuestro amor ligero
mira, y sois tan novelero
como os pinta el ciego dios,
dirá el proverbio por vos:
cuantas veo, tantas quiero.

(*El bandolero*, p. 198).

¡Oh, tú, descaminado, que entre engaños
admiras los trofeos que te enseñó!
No juzgues que los cuelga el desempeño
de amor correspondido en verdes años.
Mi ingratitud, a costa de los daños
de quien me sembró palma, y creyó sueño,
negó el tributo a su primero dueño,
que necia doy agora a los extraños.
Ingratos son también estos despojos,
por serlo la ocasión de suspenderlos,
que imita en pagar frutos a la palma;
mas ¡ay! que buen fin diera a sus enojos,
si como el cuerpo se desnuda dellos
se desnudara de su amor el alma.

(*Cigarral tercero*)

Compárase a la muerte una partida
 porque es el mal mayor que dan los cielos,
 (si no es peor la ausencia y sus desvelos
 que el acabar tormentos con la vida).
 Ausente estoy de quien de mí se olvida,
 y si el estallo aumenta desconsuelos,
 ¿qué sentirá una ausencia que, entre celos,
 de amor y agravios vive combatida?
 Viva tu ingratitud, pues es la cosa
 que agora se usa más y tú apeteces;
 quedaré yo vengada, aunque quejosa.
 Que tú, de ingrato el nombre, al fin, mereces,
 y yo, después de ausente sospechosa,
 estando viva, moriré dos veces.

(Cigarral cuarto).

¿No parece escucharse, en el comienzo de este soneto un anticipo del rondel de Haraucourt: *Partir c'est mourir un peu?*

Penetra Amor como invisible fuego,
 pues sin ofender ojos alma pasa;
 pero no es fuego Amor, que el fuego abrasa
 y amor me yela a mí cuando a él me llego.
 Ciego se pinta, mas tampoco es ciego
 quien en la vista ha puesto corte y casa;
 llámase dios sin límite ni tasa,
 pero mal será dios quien en fe es griego.
 No es nada, en fin, Amor; y así no hace
 a nadie bien ni mal, ni causa efetos,
 ni con penas o gustos satisface.
 Es un humor discreto en los discretos;
 pero en los necios, necio, porque nace
 a la medida, Amor, de los sujetos.

(Cigarral cuarto).

¡Cuán envidiosa, dulce prenda mía,
el alma, de sus mismos pensamientos,
juzga por siglos largos los momentos
que no goza los rayos de tu día!
Ellos que vuelan por la esfera fría
usurpando las alas a los vientos,
en la fruición de su beldad contentos
dan flor a mi esperanza, aunque tardía.
¡Oh, mar! ¡Oh, montes! ¡Oh, prolija tierra!,
impedimentos sois de mi ventura,
mientras ausente pèno y amo loco.
Mas si la paz es premio de la guerra,
¡sufrid por merecer tanta hermosura,
alma, que nunca mucho costó poco!

(*Cigarral cuarto*).

10. Pero sobre el novelista y sobre el poeta, vive, en Tirso de Molina, el dramaturgo. De ahí esas vueltas de los *Cigarrales* al tema de la comedia.

M. Romera-Navarro (*Historia de la Literatura española*, págs. 331-332) ha condensado del modo siguiente esas ideas.

«En dicho libro, hace Tirso la defensa más razonada y brillante que tenemos del sistema dramático de Lope de Vega. Declara que el nuevo arte aventaja al de los clásicos griegos y latinos. Examina los inconvenientes de la antigua unidad de tiempo: la acción de una comedia no puede limitarse a veinticuatro horas, porque es imposible, refiriéndose por ejemplo al tema amoroso, que un galán se enamore en tan breve tiempo, corteje a su dama, y «comenzando a pretenderla por la mañana, se case con ella a la noche»; imposible entonces presentar el desarrollo de la pasión amorosa, «fundar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas y pintar los demás afectos y accidentes sin los cuales el amor no es de ninguna estima». Vese aquí la particular consideración que Tirso concedía al des

arrollo del carácter en lo cual supera efectivamente a Lope y a la mayoría de sus contemporáneos.

Los inconvenientes nacidos de la limitación de la acción a veinticuatro horas, le parecen mayores que el inconveniente de que los espectadores, sin levantarse de su asiento, vean y oigan lo sucedido en muchos días, como ocurre en la lectura de novelas. Se ha llamado a la Poesía *pintura viva* de la realidad, y así la entiende Tirso. Pues bien, en una vara y media de lienzo se pinta un paisaje, con sus montañas y sus valles y distancias, que persuaden a la vista de lo que significa. Esta licencia que se concede a la Pintura, ¿por qué negársela a la Poesía?

Debemos a los antiguos veneración por haber vencido las dificultades que todas las cosas ofrecen en su principio, pero no tenemos que guardar sus preceptos, sino añadir perfecciones a su invención, mejorándola con la experiencia. Si las cosas de la Naturaleza misma pueden a veces modificarse, como tratándose de plantas y de frutas, mucho más cabe reformar las cosas del Arte, puesto que cada día varía el uso, el modo y lo accesorio. Y, viniendo finalmente a razones de autoridad, si entre los antiguos hubo escritores capaces de imponer sus reglas, entre los modernos está Lope de Vega, quien tiene autoridad para derogar sus estatutos y establecer otros nuevos. Quien como Lope había elevado la comedia a tal grado de perfección, tenía indudable autoridad para crear una nueva escuela, «y para los que nos preciamos de sus discípulos nos tengamos contra quien con pasión la impugnare». Pero el discípulo tiene ahora una valentía que le faltaba al maestro: sostiene que, si Lope había manifestado que no guardaba los preceptos antiguos por conformarse con el gusto de la plebe, era por modestia. Y Tirso declara abiertamente que en la comedia nueva se desdeñan los preceptos clásicos porque así es más entretenida y hermosa, y más digna de estimación».

11. En los *Cigarrales* (prefacio *Al bien intencionado*) había anunciado Tirso «doce novelas, ni hurtadas a las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesión de disciplinantes, sino con un argumento que lo comprenda todo».

Ni esa promesa, ni la de la Segunda parte de los *Cigarrales* se cumplieron.

Y murió fray Gabriel Téllez en el convento mercedario de Soria, cerca de Numancia, tan recordadora de la bravura española, el año 1648, el de la Paz de Westfalia, tan humillante para el honor español.